

EL SILENCIO DEL ESPACIO Y LA APUESTA DE PASCAL

por

JUAN DAVID GARCIA BACCA

Tantas veces se ha citado y comentado aquel "Pensamiento" de Pascal: "Me aterra el silencio de los espacios infinitos" que la sola excusa, y no muy poderosa, de hacerlo, como aquí, una vez más, sólo puede ser la de aprovechar una ocasión propicia y nueva: la de la estancia, por unos días, de unos hombres en medio del silencio del espacio infinito.

Claro está que no les han dejado pasar su semanita en silencio, y que unos miserables centenares de kilómetros sobre la Tierra son una nonada respecto del espacio infinito —séalolo con criterios euclídeos o riemannos.

Pascal no debió ascender en cuerpo y alma más arriba de las discretas montañas francesas; sólo con su vista —y no consta fuera de águila o de salvaje de ciertas islas del sur— pudo adentrarse en el espacio; en el nocturno de los cielos, no perturbado, como en nuestros tiempos, por ruidos de aviones o silenciosos paseos de platillos voladores ante ojos de dudoso alcance material y de más dudosa perspicacia interpretativa.

Pascal fue un creyente cristiano; y de creyente, tal vez haya pasado ya a vidente de lo que creyó. Fue además matemático insigne, y genio precoz, en lo que las matemáticas tienen de ocurrencias a punto, de trucos sorprendentes y de habilidad semimecánica de tratamiento.

Por creyente, recordaba muy bien aquello del Salmista: "Los cielos cuentan por lo largo la gloria de Dios y el firmamento es anuncio de las obras de sus manos". ¿Cómo, pues, pudo acudirle pensar, y lo que es peor dejar sentenciosamente escrito, que le aterraba el silencio del Cielo? ¿Que no oía esa larga historia, de obras gloriosas, espectacularmente gloriosas, narrada por los cielos, y no entendía esos anuncios —hechos de luz pura y sin farolero humano o mecanismos que los encienda— de la casa y firma productora del Universo que son las manos de Dios?

Grave cosa para un creyente; gravísima, viniendo como vino de uno que fue eminente teólogo; y requetegravísima, dicha por teólogo-matemático-físico moderno.

¿Podemos imaginar a un Santo Tomás de Aquino —para no ir más atrás en la historia— puesto a demostrar que Dios existe, con aquellas

sus "pruebas" y "vías" tan naturales, tan someramente expresadas, por naturales y evidentes, y, a la vez, aterrado por el silencio de los espacios infinitos?

Pascal, Galileo. . . son contemporáneos del mismo presente histórico de la ciencia moderna. Tantas veces se ha citado, y comentado, aquella sentencia de Galileo: "el Universo está escrito en caracteres matemáticos", "basta con saber matemáticas para leerlo", que citarla aquí una vez más resulta excusable por la ocasión, bien venida y no buscada, sino en parte, de astronautas y Pascal.

¿Que no creyó tampoco Pascal en semejante lección de matemáticas, dada en símbolos de luz, sobre un fondo de negro absoluto, para mejores y más esplendentes contraste y resalte?

Universo infinito, mundo de teologías y de matemáticas. Universo infinito: ¿ateo por no hablar de su Creador o porque eso de *su Creador* no existe?, ¿Espacio infinito, sordo-mudo para matemáticas y en matemáticas o por nacimiento o porque no es de constitución matemática, y así no puede hablar en tal lenguaje; o porque, interrogado con geometría euclídea, nada responde o no quiere responder a las incalificables ignorancia y desconsideración de quien habla en euclídeo al que es riemanniano —algo así como hablar en castellano a los marcianos?

Cuando Jesús de Nazaret enseñaba al humilde pueblo de su Tierra a rezar al Padre celestial —padre de él y de ellos—, se dirigían —él: Jesús; y ellos, su pueblo—, al Padre nuestro, "el que está en los cielos"; no aterrados, ni Jesús ni su Pueblo, por "el silencio de los espacios infinitos". Y voces venían del cielo, y del espacio, cual aquellas del Padre de todos, dirigidas a Jesús al salir, recién bautizado, del Jordán: "Tú eres mi hijo predilecto, el de mis complacencias". ¿Qué había pasado, al cabo de no muchos siglos, para que a Pascal le aterrara el silencio del Cielo?

Francia nunca fue antípoda de Judea. El Cielo de que hablaba Jesús, y que entendían sus coterráneos, era el mismo. Hacia él ascendió Jesús, y hacia él fue asumida su Madre. Y allá debían estar. Pero algo sabía Pascal de antípodas y redondez de la Tierra, y relatividad de arriba y abajo, y de que tal relatividad quitaba todo sentido *real* a *Cielo* —a *Cielo*, lugar teológico, lugar de Ascensión y Asunción. El *Cielo* astronómico quedó, por virtud de ese sencillo dato, dado entonces a los hombres por los hombres, a regañadientes de teólogos, que es la redondez de la Tierra—, vaciado, silencioso de teología y de Biblia, de ascensiones y asunciones. Al decir "Padre nuestro que estás en los Cielos" ya no se puede ni se sabe a qué apuntar.

Pascal acusa, en su conciencia de creyente filosofante, el golpe. Le aterrera el silencio teológico de los espacios infinitos. Silencio hecho de re-

mente, tras quince largos siglos de hablar, y poder señalar los creyentes y recitadores del Padre nuestro *dónde* está el *Padre nuestro*.

Pascal, creyente, sabe lo que acaba de suceder. Los demás no se habían enterado; y ahora, aún no se dan por enterados o nos salen con eso de que "aquí no ha pasado nada".

De cielo teológicamente silencioso no se pasa fácil y prestamente a oírle hablar en lenguaje matemático, que es lenguaje ateo por peculiar excelencia: no niega que haya algo así como Dios; lo ignora, tanto o más como la novena sinfonía de Beethoven ignora el color de los ojos de la Mona Lisa.

La lógica, decía Russell —y sea la tercera cita, de esas traídas y llevadas por todos y a todo propósito—, "no sabe de qué habla y, si habla de algo, no sabe si es verdadero o falso" . . . No le importa nada de nada ni de nadie —fuera la más adecuada frase.

Cuando Pascal —uno de los hombres más inteligentes y sinceros que ha habido—, *entendió*, y no repitió cual los animales racionales loriformes de los siglos posteriores, el nuestro inclusive, eso de que la Tierra es redonda y, por colmo de males, no es el centro del mundo, se hizo de repente silencio teológico en el mundo —en el Evangelio, en su fe.

En vez de *oír* la música y voces divinas del Universo comenzó, poco a poco, a *ver* los signos matemáticos —una objetiva lección, sin maestro que la dé, de geometría euclídea. Lo geométrico no lo dice nadie, ni puede decirlo —así sea Pitágoras, Tales, Euclides. . . Eso de "teorema de Pitágoras" es un cumplido que hacemos a Pitágoras, a costa del valor apersonal del Teorema.

La geometría no es lugar de revelación de una persona. Al afirmar, y, lo que es más decisivo, probar que el cielo está escrito en caracteres matemáticos, que es "El Gran Teorema" a *ver* —Theorema, Theorein—, se hizo un silencio más grande, grave y ominoso que "aquel gran silencio" del Apocalipsis.

Al silencio del Apocalipsis sucedería la revelación final: las postrimerías espectacularmente teológicas del mundo, resonantes a Juicio Final: trompetas y sentencia.

El silencio teológico de los cielos lo hizo la ciencia matemática del Universo.

Sólo un real creyente e inteligente teólogo, matemático y físico, eminente a la vez y en unidad de persona, notó, en verdad, ese momento preciso, y único en la historia: repentina mudez teológica del cielo, sospechosamente simultánea con exhibición matemática luminosa. A los demás nos lo han contado. Nacemos ya en un mundo ateo, en un mun-

do naturalmente matemático y, encima, matematizado por nosotros, por si faltare algo.

No entendemos por qué todo un Pascal pudo aterrarse del silencio de los espacios infinitos. Para nuestros astronautas puede ser tal silencio una incomodidad fisiológica y psicológica. Nada más.

Es perfectamente consecuente Gagarin con la concepción matemática del Universo y el montaje matemático de su nave espacial al decir que por ninguna parte había hallado a Dios. Al abandonar la Iglesia —bien a disgusto y sin gracia—, la astronomía a la ciencia matemática ponía la premisa de la que Gagarin sacó la consecuencia. Siempre molesta al más decidido creyente el que se le pesque en fallas de lógica. La lógica, y la filosofía, son para el creyente criadas de la Teología, y a todos nos abochornan las criadas respononas: a todos: Iglesia, creyentes o no creyentes.

El temor de Dios es el principio de la sabiduría. Nunca lo dijera un griego. Lo dijo un hebreo helenista. El terror ante el silencio teológico de los cielos —tan locuaces en teofanías y teologías durante quince siglos—, ¿de qué sabiduría será principio?

De una nueva sabiduría teológica y de una nueva sabiduría humana.

Por los tiempos de Pascal —y por virtud de su genio matemático—, venía al mundo el cálculo de probabilidades. Humildemente, en juegos de dados y urnas de bolas blancas y negras.

Una cosa es *jugar* a los dados, con saques y más saques, al infinito para dar así oportunidad a que se establezca esa distribución típica del Universo de salidas de cada cara, respecto del número total de saques, que es $\frac{1}{6}$ por cara, en el límite "infinito" de saques, y otra cosa es *apostar*. Apostar es hijo de la impaciencia de los finitos ante el infinito. En el límite de jugar a los dados infinitas veces todo jugador se llevaría lo mismo: $\frac{1}{6}$ de las apuestas; y, por haber salido las apuestas del bolsillo de cada uno, cada uno volvería a casa con lo mismo que trajo. Total, tras juego infinito en duración, nada. *Apuesta* un jugador a que en el saque 100 saldrá el 5 o a que en 100 saques habrán salido 51 seises. Y esto queda decidido al cabo de 100 saques, cuando la frecuencia típica total no ha tenido aún tiempo u oportunidad para establecerse. Se apuesta, pues, por lo improbable.

El resultado será una sorpresa, agradable o desagradable, ganancia o ruina.

Tras el repentino silencio teológico del Universo no le quedó a Pascal más expediente que *apostar. Le Pari. Apostar*, porque el tiempo de la vida humana es finito; *apostar*, porque la ciencia geométrica, aritmética, física, lógica es atea, es decir: *demuestra*. No se apuesta con ciencia.

Apostar a si hay o no vida eterna, cielo o infierno, tras esta vida finita y urgida; y como apuesta apostar la conducta, la fe. Pascal las apostó. No sabemos si ganó o perdió. Jugó a ganar o perder, sin trampas o a ganar siempre.

A lo mejor se encontró con que no había infierno; a lo peor, con que no había cielo. A lo mejor o a lo peor se encontró con nada, no porque hubiera algo así cual nada, y él fuera aún algo, Pascal; sino sencillamente dicho —mas no entendido ni inteligible—, porque él, Pascal, *dejó de ser*.

Tal sucede cuando se ponen las cosas en *apuestas*, y se apuesta lealmente y sin reservas mentales o reales.

O dicho de otra manera: tal sucede cuando el Universo se rige por *La Gracia*, por *Divinas Ganas*.